

1984, totalitarismo y comunicación

¿Se cumplirá la pesadilla de Orwell?

Luis Ramiro Beltrán, experto en comunicaciones, analiza la utopía de Orwell desde el ángulo del desarrollo casi monstruoso de los sistemas de comunicación, desarrollo a través del cual esa utopía puede estar convirtiéndose en una realidad.

¿Cómo no recordar a George Orwell al comenzar 1984? En una novela que tiene por título a este año, ese escritor inglés —cuyo nombre real era Eric Blair— advirtió que el mundo se encaminaba hacia el triunfo final del totalitarismo. En aquel entonces, hace treinta y cinco años, 1984 parecía bien lejano en el horizonte. Pero hoy es natural preguntarse si el lúgubre presagio tiene trazas de cumplirse en el porvenir inmediato de la humanidad.

Orwell construye minuciosamente en su libro la siniestra utopía de una sociedad de seres desprovistos de todo rasgo humano, autómatas que obedecen los designios de un Partido único, todopoderoso y ubicuo. Representado por la omnipresente imagen del "Gran Hermano" omnisciente, este supremo Estado totalitario se basa so-

bre la completa eliminación del amor y de la libertad de pensar y actuar de los individuos. Sistemáticamente el Partido fomenta el odio e inhibe el deseo, a la par que suprime la aptitud de juicio crítico, la opción de disensión y la capacidad de réplica. La meta suprema de tal régimen es forjar una "nueva naturaleza humana" sumisa al punto de aceptar que "dos más dos son cinco" y persuadida de que "la libertad es la esclavitud, la ignorancia es la fuerza y la guerra es la paz". Para alcanzar esa meta, el Estado cuenta con una estructura de cuatro órganos: los Ministerios de la Verdad, el Amor, la Paz y la Abundancia, respaldados por una Policía del Pensamiento y por un poderío militar capaz de destruir de raíz la vida humana.

Lo que hace posible la existencia de tan eficaz aparato de dominación es el conjugar

continua y avasalladoramente la persuasión con la coerción, recompensando la subordinación y castigando la desobediencia. Esto, a su vez, se apoya en el uso dictatorial de avanzadas tecnologías, entre las que tienen papel primordial las de comunicación. La más notoria entre éstas es la "telepantalla" que registra y regula la vida de cada individuo ininterrumpidamente por dondequiera que éste se encuentre y sin que él pueda evitarla o manejarla. Ella tiene una doble función: vigilancia y manipulación de la conducta de cada persona. Por la primera el Partido llega a controlar inclusive el pensamiento íntimo y aun los sueños de los individuos. Por la segunda, instila obsesivamente en aquellos los valores centrales de la sociedad totalitaria y asegura que obedezcan la voluntad del Estado.

La vigilancia —los ojos y oídos del "Gran Hermano"— llega al grado de mantener un archivo audiovisual para cada individuo en el que se registran todos sus pensamientos, palabras, gestos y actividades, aun los más privados.

La manipulación llega al grado de determinar, con uniformidad conveniente al dominio autoritario, lo que cada individuo debe pensar, sentir y hacer en cada instante de su vida, tanto en circunstancias de trabajo como en las de ocio. Por su ubicuidad y por su enorme fuerza de atracción, la "telepantalla" sirve, además, superlativamente los fines de propaganda y control social del régimen y sus decisiones de modelación del comportamiento. Ejemplo dramático de esto es el cotidiano ejercicio "Dos Minutos de Odio" a que todo ciudadano se siente arrastrado al punto de desarrollar furor agresivo contra todo lo que el Partido estima indeseable. Por inversa, la "telepantalla" sirve también para apaciguar al individuo, para quitarle inquietudes y para asegurarle que el sistema obra siempre en favor suyo a condición de que solamente idolatre al "Gran Hermano" y le obedezca ciegamente.

Menos notorios pero no menos terribles son otros recursos de comunicación que el Partido emplea con los mismos fines. Busca impedir mediante ellos cualquier comunicación autónoma, real y profunda entre individuos; sólo propicia la comunicación funcional entre los siervos y el amo para mantener el sistema. Uno de esos recursos es el "speakwrite", grabador electrónico que reemplaza a plumas y lápices junto con unas tarjetas con frases universales para múltiples propósitos que los individuos deben usar en vez de escribir. Otro de aquellos recursos es el "newspeak", lenguaje ultrasintético, estandarizado y cuasi matemático. Deliberadamente desprovisto de adjetivaciones, matices y ambigüedades, el eficiente código está dirigido a eliminar diferencias individuales para asegurar la regimentación del pensamiento. Al restringir así la amplitud, diversidad y expresividad



La tesis de Orwell sobre la deshumanización del individuo puede aplicarse también a la esfera occidental.

del lenguaje natural, el régimen se empeña en suprimir el razonamiento independiente y crítico, neutralizar dudas e inhibir la creatividad. Todo este mecanismo de opresión sicosocial está manejado por el Ministerio de la Verdad que organiza y controla la información y la educación, así como las bellas artes y la recreación.

Winston y July son los personajes centrales de la obra. Ellos se resisten por un tiempo a la eliminación de su identidad individual. Contrariando las normas del Partido que condena el amor y prohíbe el goce sexual, se aman subrepticamente y luchan silenciosa pero tenazmente para no ser del todo esclavizados por el Parti-

abyección: denunciar a la amada para salvarse él. Al final de la novela, despojado ya de toda capacidad de sentir y razonar por su cuenta, Winston llega a derrotarse del todo a sí mismo y convertirse en otro obediente autómatas más. ¡Autómata que ha aprendido a amar sólo a su opresor! Habiéndolo hecho inocuo, el régimen lo pone entonces "en libertad".

Orwell escribió este libro en 1948, acosado por una fatal tuberculosis y teniendo por modelos vivos del totalitarismo al nazismo alemán y al comunismo soviético. Intelectual reformista comprometido con la justicia social, él había combatido en el frente de Barcelona en la guerra civil es-

Viet Nam, llegó a ser conocido por los occidentales como "lavado cerebral".

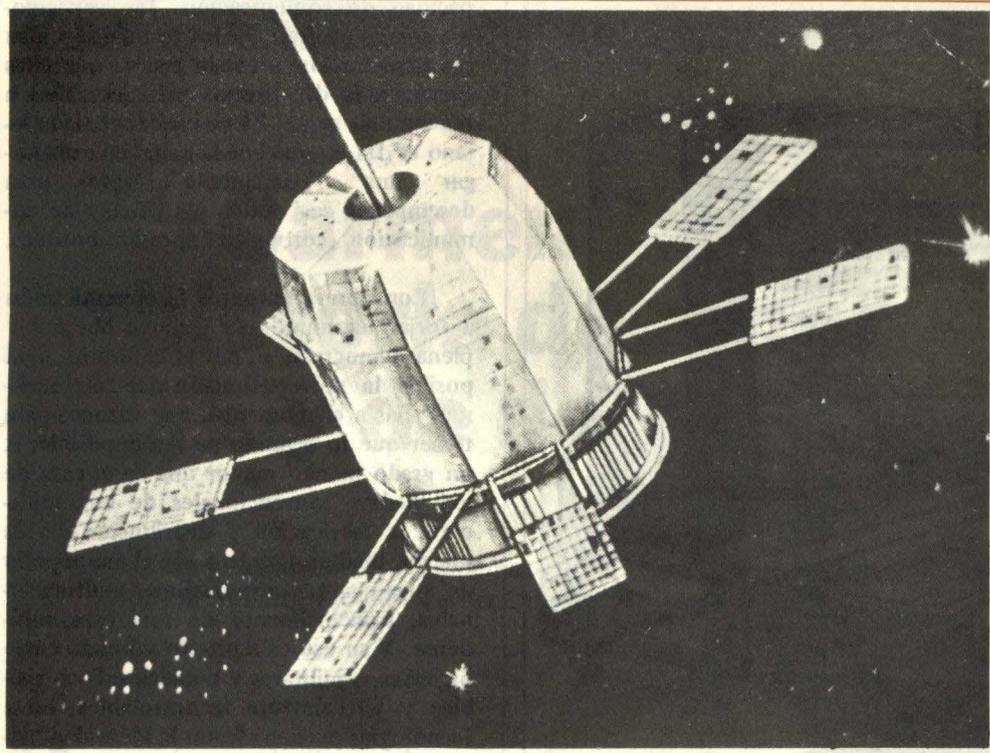
Es cierto que Orwell condenaba el totalitarismo comunista de Oriente, al que consideraba una traición al espíritu humanista del verdadero socialismo que él creía deseable. Pero ello no quiere decir que negara la posibilidad de que el totalitarismo existiera también en las sociedades liberales y democráticas de Occidente. El presentía muy claramente que la monstruosa carrera armamentista que caracteriza a la era atómica acabaría con la democracia en toda la tierra e instauraría, después de la conflagración nuclear, un moderno sistema totalitario de gobierno mucho más funesto que los existentes en su tiempo.

El humanista Erich Fromm fue uno de los analistas que más directamente interpretó la advertencia de Orwell como válida también para los países de la esfera capitalista. Para él "Orwell se refiere bien obviamente a la falsificación del socialismo por el comunismo ruso pero debe agregarse que Occidente también es culpable de una falsificación similar. Presentamos a nuestra sociedad como a una de libre iniciativa, individualismo e idealismo, cuando en realidad éstas son en su mayoría palabras. Somos una sociedad centralizada, gerencial e industrial de naturaleza esencialmente burocrática y motivada por un materialismo que sólo es ligeramente mitigado por preocupaciones verdaderamente espirituales o religiosas". Y añadió el famoso antropólogo:

"... Orwell está simplemente implicando que la nueva forma de industrialismo gerencial, por la que el hombre construye máquinas que actúan como hombres y hombres que actúan como máquinas, conduce a una era de deshumanización y de completa alienación en la cual los hombres son convertidos en cosas y llegan a ser apéndices del proceso de producción y consumo".

Esta clase de visión tuvo su origen al abrirse la década de 1960 y fue extendiéndose en Europa Occidental y Norteamérica en círculos académicos, políticos y periodísticos. En el umbral de 1984, ella se ha incrementado inclusive en Latinoamérica. Así lo indica, por ejemplo, este bien reciente apunte del periodista colombiano Hernán Suárez:

"El gran interrogante que hoy suscita '1984' es saber si el mundo que avizoró Orwell corresponde a la totalidad del presente o apenas a una parte de él; si su obra es una crítica mordaz y una advertencia a la vez, aplicable sólo al modelo soviético, de la cual está exenta Occidente; si el doblepensar no es tan severamente castigado en Occidente como en Oriente, aunque difieran en sus métodos; si los grandes medios de comunicación de nuestro tiempo



El avance espectacular de las nuevas tecnologías de la comunicación amenaza llevar a la universalización del totalitarismo.

do. Llegan a formar un pequeño grupo rebelde clandestino, aspirando a crear un "Partido de la Hermandad". Pero muy pronto caen en una celada de la Policía del Pensamiento que los había estado vigilando inadvertidamente todo el tiempo. Tras separarlo de July, las autoridades someten a Winston a un régimen de presiones morales y torturas físicas que lo llevan a negarse a sí mismo —a dejar de ser distinto, libertario y subversivo— y le enseñan a estar conforme con la condición de siervo. Lo único que momentáneamente sostiene en Winston vestigios de persona es que, dentro de sí, no renuncia a su amor por July. Pero también eso llega pronto a su fin cuando el régimen, habiendo detectado en sus sueños el terror a las ratas, lo tortura con ellas hasta obligarle a la máxima

pañola. Allí percibió con desencanto el riesgo de que los ejercicios de revolución popular caigan también, en nombre de la búsqueda de una nueva sociedad, en el totalitarismo. Por eso y porque tras su muerte en 1950 el autoritarismo stalinista alcanzó niveles de refinada barbarie, se ha pensado habitualmente que "1984" es una crítica contra el Estado comunista y una advertencia contra su expansión universal. Posteriormente, esta impresión fue convalidada en algún grado al conocerse de la asombrosa eficacia de procedimientos de persuasión-coerción empleados en China Comunista. El más espantoso de ellos, el método de manipulación sicosocial identificado como "reforma del pensamiento", se empleó más tarde también en la "Revolución Cultural". Y, trasladado a la guerra del

no son, aquí y allá, parte de ese gran Ministerio de la Verdad que nos hace dudar de que dos más dos son cuatro y de que la paz es distinta de la guerra”.

Preguntas como éstas tienen pleno sentido en el mundo de hoy. Un mundo en el que gigantescas empresas transnacionales operan ubicua y omnímodamente a la manera de superestados mundiales. Un mundo en que los medios de comunicación masiva han logrado un impresionante grado de divulgación y perfeccionamiento. Un mundo en que la publicidad de la “sociedad de consumo” ha alcanzado magnitudes financieras que le dan influencia decisiva en la

el materialismo mercantilista, fomenta valores culturales alienantes en desmedro de los propios, y propicia a menudo el elitismo, el conformismo y hasta el racismo. Tampoco es democrático el mantener por fuera del alcance de las comunicaciones, desde el correo hasta el cine, a las grandes mayorías de la población, especialmente las rurales, como es el caso predominante en Latinoamérica. Cuando sólo muy pocos tienen acceso a las opciones de emitir mensajes en tanto que los más quedan sometidos a la condición de receptores —pasivos y manipulables— de éstos en un sistema unilinear, monológico y vertical de comunicación, pareciera haber razón para temer

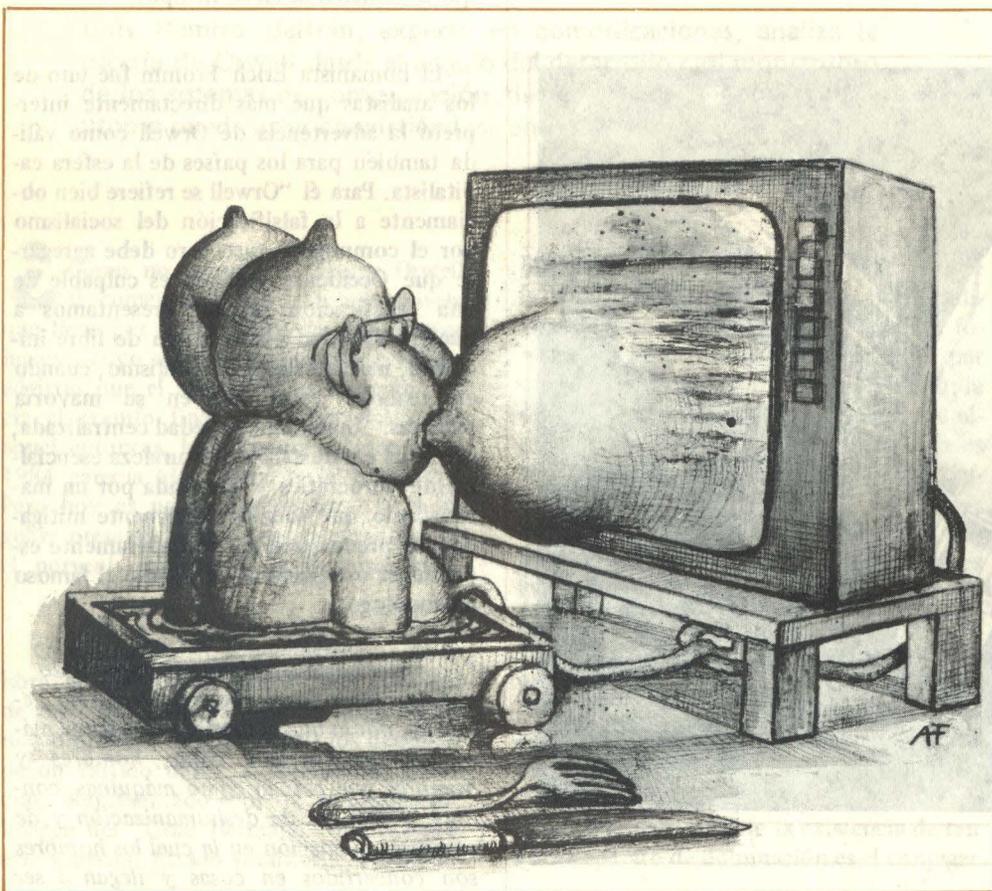
instantánea y a distancia.

A semejanza de los archivos audiovisuales que registraban todo gesto, pensamiento y acción de los individuos en “1984”, hoy existen, además, redes electrónicas de informática que acumulan con gran velocidad y en mínimo espacio billones de datos sobre personas, instituciones y acontecimientos, así como satélites y aviones invisibles que sin embargo fotografían, de día y de noche, territorios y recursos naturales tanto como edificaciones y objetos y aun personas en la superficie terrestre. Entre el vuelo del Sputnik y la llegada del hombre a la luna, el transistor, la microficha electrónica, los circuitos impresos, el computador, los rayos laser, la videogradora, las fibras ópticas y el procesador de palabra, han hecho posible una pasmosa capacidad de comunicación. Tan vertiginosos son el avance de estas tecnologías y su industrialización a escala masiva que ellas tienen cada día precios más accesibles a mucha más gente. Ya no está demasiado lejano el día en que pueda haber en cada hogar una “telepantalla” apta para desempeñar casi todos los oficios de comunicación con sólo apretar botones.

¿Contribuirá entonces la comunicación a forjar un mundo de genuina libertad y plena democracia o, por el contrario, hará posible la universalización del totalitarismo? Hasta el momento, hay razones para temer que lo segundo no sea imposible. A un grado mucho mayor que en el caso de los medios convencionales de comunicación, la fabricación y distribución de los nuevos medios tiende a ser el monopolio de unas cuantas corporaciones multinacionales, principalmente de raíz estadounidense. Y su uso cala pronto y hondo entre organismos militares y policiales. Poco visibles y virtualmente incontrolables, estas tecnologías pueden afectar la identidad cultural de las naciones pobres, y aun su propia soberanía, a extremos inusitados. Pueden también invadir la privacidad de las personas.

Si hoy se condena por injusto y peligroso el desequilibrio marcado que hay en la capacidad de información entre los países desarrollados y los subdesarrollados, en términos como los del intercambio de noticias, esa brecha podría hacerse rápidamente abismal en cuanto a las nuevas tecnologías de comunicación que están apenas comenzando su ciclo de difusión sustantiva en el Tercer Mundo.

En el umbral de 1984, dejando atrás un año plagado de graves amenazas para la paz mundial como ha sido 1983, hagamos votos porque eso no llegue a ocurrir. Porque la macabra pesadilla de Orwell no vaya a materializarse. Y porque la comunicación sirva más bien para construir un mundo de auténtica libertad y real democracia.
Luis Ramiro Beltrán S.



La “telepantalla” es el instrumento para la manipulación del individuo: ¿estamos lejos de ella? (Caricatura de “L’Express”).

orientación de aquellos medios. Y un mundo en que el hombre ha plasmado una capacidad sin precedentes de destruir la paz, la libertad y la vida misma sobre el planeta.

A partir de la década de 1960 la investigación científica ha acumulado preocupantes evidencias de que los medios masivos de comunicación no siempre tienen conductas que favorezcan la existencia democrática en las sociedades occidentales. Por ejemplo, no es democrático el monopolio de la propiedad de los medios sea por gobiernos o por consorcios mercantiles. No es democrático aquel contenido de la radio y televisión, o el de diarios y revistas, que favorece la agresividad, exacerba

al espectro de un “Gran Hermano”.

Estas preocupaciones se agudizan hoy ante el espectacular avance de nuevas tecnologías de comunicación. Combinadas frecuentemente con las convencionales —prensa, radio, cine y televisión— aquellas multiplican a un grado insospechado la aptitud de comunicación y transporte y, con ello, la de persuasión de los más por los menos. Algunas de tales combinaciones hacen realidad la tecnología intuida por Orwell en su novela. El ejemplo sobresaliente es la conjugación del satélite de telecomunicaciones con el computador electrónico y el aparato de televisión interactivo dotado de capacidades de grabación audiovisual, registro facsimilar y reproducción gráfica o literal